



UN  
LUGAR  
EN EL  
DESORDEN



ANA CABO





UN  
LUGAR  
EN EL  
DESORDEN  
ANA CABO

UN  
LUGAR  
EN EL  
DESORDEN  
ANA CABO



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



**Ediciones Kiwi**

Primera edición, mayo 2025  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-10479-79-1  
Depósito Legal: CS 272-2025

© del texto, Ana Cabo  
© de la cubierta, Borja Puig  
Corrección, María Coma

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
[www.grupoedicioneskiwi.com](http://www.grupoedicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para quienes entienden que no es el  
lugar lo que importa, sino con quién  
decides vivir la aventura.



# Capítulo 1

Becky

No podía quitarle el ojo al teléfono. Era la primera vez que pisaba esas calles, que veía esas casas, esa gente... Años atrás, nadie hubiese adivinado que viajaría sola. Ni siquiera yo misma hubiera apostado por mí. Está bien, no me había ido a la otra punta del mundo, ya que estaba en Portugal, pero, aun así, el sentimiento de arraigo existía. Por no hablar de las barreras a las que me iba a enfrentar, como el idioma. No tenía ni idea de portugués. Vamos, estaba perdidísima. Podrías pensar que no era necesario saberlo y que estaba el inglés. Sí, ese pensamiento sería genial si supiera inglés a la perfección. Sin embargo, los idiomas no eran mis mejores amigos.

Igual que tampoco parecía dominar Google Maps. ¿Esa flecha, qué indicaba; izquierda o derecha? Empecé a moverme de un lado a otro a ver si me detectaba. Parecía que la *app* estaba más perdida que yo. Admitía que no estaba viendo todo lo positivo de la vida, dado lo que me había pasado hacía unos meses, pero venir a este lugar significaba nuevas oportunidades, así que, ¿por qué no intentarlo? Sí, cambiaría la mentalidad. Vida nueva, mente nueva.

Continué luchando con el círculo del mapa y su detección ante mi cuerpo. También me perdí en un par de calles. Pero todo eso ya con más calma. Con otra mentalidad. Mentira. ¿A quién pretendía engañar? Me cabreeé y grité palabrotas en español. Solo esperé a que el pobre señor que pasaba por mi lado no malinterpretara la situación. No quería problemas, y menos en mi primer día. Suspiré, casi desesperada. «Rebeca, todo va a ir bien. Ya lo verás».

Alcé la vista al ver que el mapa señalaba que la casa estaba casi enfrente de mi cara. Empecé a mirar números en las fachadas hasta dar con el treinta y dos.

A juzgar desde fuera, era un lugar tranquilo y

familiar. Eso seguro que me venía bien para aprender el idioma y adaptarme mejor. Después de subir la maleta a trompicones por el par de escalones que decoraban la entrada, llamé al timbre. Como se trataba de *house-sitting*, el dueño no iba a estar. El intercambio era bastante fácil. Yo me quedaba en su casa durante este período de meses durante su ausencia a cambio de que yo cuidara de sus animales. El dueño tenía un hámster, un loro y un perro. ¿Por qué elegí esta casa? Sencillo. Era uno de los pocos dueños que no exigían el idioma. Es más, él también era de España, pero había emigrado por motivos laborales. En la videollamada me había comentado que solo tenía que llamar a la puerta y que me recibiría su vecina, Andreia, para darme las llaves y explicarme las cosas básicas de la casa.

La puerta se empezó a abrir y yo me esforcé para mostrar mi mejor sonrisa. Un momento... ¿era un hombre?

—Hola, ¿Andreia? —pregunté. Ante la situación tan incomprensible, el idioma se apoderó de mí. Por favor, que no fuese un timo; era lo último que necesitaba. Por si acaso, me fijé en su camiseta negra con flores hawaianas, los pantalones que parecían de pijama y su

pelo revuelto. Así resultaría más fácil denunciar o crear un hilo en Twitter.

—¿Quién eres?

O mi oído se había acostumbrado ya al portugués o este chico de más o menos mi edad estaba hablando en español.

—¿Hablas español?

—¿Qué idioma te parece que hablo? —resopló y miró hacia arriba—. ¿Quién eres?

—Soy Rebeca, bueno, Becky. Pero, ya sabes, en la página web te obligan a poner el nombre del DNI.

—¿Estás segura de que hablas mi idioma? —Elevó la ceja derecha—. Porque no sé a qué página web te refieres.

—¿Perdón? —Menuda bienvenida a este país. Esperaba que no todo el mundo fuese así de borde. Saqué el teléfono para demostrarle a ese engreído que no estaba equivocada—. Abajo mismo está la dirección y mira, el nombre del dueño es... —Bajé la pantalla—  
Luis Alarcón.

—¡Joder! —gritó el chico mientras giraba la cabeza hacia dentro de la casa—. Qué calladito se lo tenía.

—¿Está el dueño o Andreia? Él me dijo que ella me daría las llaves y me explicaría todo. Además, me muero de ganas de dejar la maleta.

—Anda, pasa. —El chico abrió la puerta, dejando suficiente espacio—. Soy el hermano de Luis. Voy a llamarlo porque creo que ha habido —carraspeó la garganta— una confusión.

¿Confusión? No podía haber ningún error. En la reserva lo ponía claramente: era esa casa, con esos animales durante tres meses y medio. ¿Este chico se estaba riendo en mi cara? Porque la broma no tenía ninguna gracia.

Mientras él se alejaba del comedor, una mujer rubia bajó por las escaleras con una camiseta que le llegaba hasta las rodillas. Podía apostar a que era del chico de la entrada. Es más, intuía que ese pantalón de pijama se lo había puesto en el último momento ante el sonido del timbre.

—Dios mío, ¡me encanta tu vestido! —Vino corriendo hacia mí. ¿Por qué narices todo el mundo hablaba español?—. Es de LoveT, ¿verdad? Juraría que he visto uno igual en su Instagram.

Dialogamos sobre el vestido, el cual no recordaba de dónde era, pero le seguí el rollo para sentirme algo más integrada en el ambiente. Además, se la veía ilusionada ante su posible acierto. Después, hubo un pequeño silencio y me quedé mirando el salón. Era idéntico a las fotografías. Un salón grande, con un sofá gris en medio, muebles blancos, cocina abierta e integrada y un segundo piso al que se accedía a través de las escaleras de en medio.

—Soy Paola, amiga de Alex. —Acercó su rostro para darme dos besos.

—Becky, alquilé esta casa a su —dudé porque todavía no sabía ni fiarme— hermano.

—¿Tu hermano? —Apretó los labios en señal de extrañeza mientras se giraba.

No le respondí por dos simples razones: una, me acababa de enterar de que se llamaba Alex; y dos, porque creí que era una pregunta retórica.

Detrás de ella, vi aparecer a Alex (si se llamaba así) agitándose con la mano derecha su pelo marrón y desenredado.

—Tenemos que encontrar una solución. —Miró

hacia la izquierda—. Paola, ¿nos vemos mejor en otro momento? —Le lanzó una sonrisa y subió para cambiarse.

—No hay mucho que hablar, me voy a quedar aquí.

Solo del hecho de pensar que tenía que buscarme ahora la vida, en un país diferente, en un lugar totalmente nuevo..., entraba en colapso mental.

—Ya, si me parece muy bien, eh...

—Becky, me llamo Becky.

—Eso, Becky. Mi hermano me ha confirmado que venías a cuidar de los animales —dijo. La presión en mi pecho se relajó—. Pero se ha añadido una condición que no estaba prevista. —Acarició su mandíbula, serio.

—¿Qué condición?

Este viaje no empezaba como había plasmado en mi imaginación. En ese instante, solo tenía ganas de quedarme en la cama, llorando.

—Que va a haber otro invitado.

—¿Disculpa?

—Ya ves, Becky. La vida da giros inesperados.

¿Inesperados? ¿Pero qué se pensaba ese chico? En vez de continuar la conversación, se tiró en el sofá. Me

quedé de brazos cruzados, intentando asimilar todas las posibilidades que tenía. De pronto, Paola bajó de las escaleras con un vestido corto y rosa. El hecho de despedirse de él verbalmente me llamó la atención. Quizás el subconsciente quería hacerme sufrir, haciéndome creer que eran pareja.

—Toma. —Alargó el puño hacia mí—. Aquí tienes mi teléfono, por si quieres conocer los alrededores. ¡Me has caído bien! —Elevó las manos.

Me guardé el papel en el bolsillo, como si fuese un auténtico tesoro. Quién sabe, quizás ella tendría algún lugar en el que quedarme, si todo se torcía. Al cerrar la puerta, Alex encendió la televisión.

—¿Hola?

—Ah, sí, veo que sigues aquí... Pues nada, bienvenida. —Estiró brazo y mano—. Soy Alex, tu nuevo compañero.

Sonrió tanto que tuve unas ganas enormes de darle una patada en el estómago.

# Capítulo 2

Alex

Uno de los mayores placeres de la vida era el café con espuma de buena mañana. Y no era un asunto que debatir. Moví la cuchara varias veces y llené la pequeña cabeza cóncava de espuma para llevármela a la boca. Cuando miré hacia abajo, los ojos marrones de Ness estaban observando con admiración. Ness era el corgi de mi hermano, el que se suponía que ella venía a cuidar.

    Mi silencio matutino se vio interrumpido por mi nueva compañera de piso. El día anterior no había salido como esperaba, empezando porque no sabía que mi hermano había alquilado su casa. Becky no se había

tomado muy bien que fuéramos a ser compañeros, pero suponía que no tenía otro sitio al que ir.

—Buenos días —pronunció, bajando por las escaleras. Me fijé en que llevaba un peto vaquero blanco con una camiseta de tirantes debajo. Ness fue el primero en saludarla. No era complicado caerle bien. Al agacharse para acariciarlo, las trenzas de su pelo siguieron la ley de la gravedad. Ness se tumbó para que le tocara la barriga.

Cuando Becky elevó su rostro, intuí que seguía sin hacerle gracia este nuevo cambio. En realidad, solo nos íbamos a ver parte de la mañana, puesto que yo trabajaba de camarero en un restaurante que se abría solo para verano. Lo que todavía no le había comentado es que solo iba cuatro días a la semana a trabajar. Un pequeño detalle que pasé por alto, así que, sintiéndolo por ella, quizás sí que íbamos a coincidir bastante.

—No me explicaste nada; ¿y el loro y el hámster?  
—replicó.

«Becky, reproches de buena mañana, no. Eso no es empezar el día con buen pie». Di un trago largo al café y suspiré. Quizás era hora de responderle. Asimismo,

esa manera de morderse el labio inferior con las palas era pura señal de nerviosismo.

—¿Quieres desayunar? —Le señalé la nevera—. Tienes todo lo necesario para sobrevivir. Eso sí, marcas blancas y cosas genéricas. Si eres muy quisquillosa, vas a tener que gastarte tú el dinero.

—Contaba con ello —dijo con orgullo mientras se movía por el comedor—. ¿Dónde están los animales?

—Te he dejado una copia de llaves en ese cuenco de la entrada. Tienen un llavero con la bandera de Portugal. Muy bonito, pero muy guiri. Se lo puedes quitar si quieres.

Mi tranquilidad la estaba desesperando. Lo que no acababa de predecir era si el hecho de que fuera sin camisa tenía algo que ver también con ese estado.

—El loro, Charls, y el hámster, Alvin, están en el patio de fuera. Supongo que lo viste en las fotos, ¿no? —Puse el vaso en el fregadero para lavar.

—Sí, pero sigo sin saber dónde están.

—Lo primero del día es desayunar, así que adelante, Becky. —Abrí los brazos para enseñarle lo grande que era la cocina—. Por cierto, espero que hayas dormido bien.

Ante mi último comentario, ella elevó sus ojos con incredulidad. Conforme estaba yendo al sofá, me di cuenta de que había ido, a propósito, por el lado opuesto hacia la cocina. ¿De verdad iba a jugar a eso?

—Ah, sí —dije. Me levanté porque quería ver su reacción. Llevaba un *brick* de zumo de la nevera—. Más adelante podemos establecer algunas normas de convivencia, como, por ejemplo, de limpieza. Pero más adelante. Por ahora, con que esta quede clara me basta. —Me irritaba que no me mirase a los ojos mientras hablaba—. Dado que creía que iba a estar solo, y veo que no va a ser posible, antes de traer a alguien a casa, avísame con antelación. No quiero escuchar gemidos ajenos. —Guiñé un ojo.

La cara de Becky era un completo poema. Tenía la boca medio abierta, los ojos abiertos de par en par y... escuché un ruido fuerte. Sí, se le acababa de caer el *brick* al suelo.

—Segunda norma: quien ensucia, limpia. —Sonreí—. Luego te dejaré mi teléfono encima de la mesa de la cocina para esos avisos. —Pronuncié con un movimiento de hombros para que me entendiera.

Sus labios gruesos parecían estar de morros. ¿Estaba enfadada? Se apartó uno de los mechones rebeldes de la frente para enredárselo entre las trenzas. Después, me preguntó dónde estaba la fregona. Vale, eso sí que me calificaba como un mal anfitrión. No le había indicado más habitaciones aparte de la suya.

—Creo que, por esta vez, lo limpiaré yo; de paso, te enseñé el resto de la casa.

Después de limpiar el zumo, Becky me siguió a todos los sitios sin hablar. No preguntó. No interrumpió. Nada de nada. Vamos, sabía que la tenía detrás porque notaba su presencia. A ver quién era la persona valiente que no la notaba. Cuando nos acercamos a la terraza, me hizo un gesto para ver si podía abrir la jaula de Alvin y le di permiso. Enseguida, empezó a acariciarlo. Se notaba que le gustaban los animales, y parecía ser recíproco porque Ness no se despegaba de ella. Luego, se quedó mirando a Charls y examinando la jaula.

—¿No pueden salir? —preguntó con tono de tristeza.

—Si fuera mi hermano, te diría que no. Sin embargo, yo los suelo soltar todos los días dentro de casa. Ni se te

ocurra decírselo —pedí. Ella elevó la comisura de sus labios, reduciendo su grosor. Una pena, porque sus labios eran llamativos. Muy llamativos.

—¿Y la comida?

—En ese cajón de ahí tienes todo lo relacionado con los animales. En caso de que te falte algo, avísame —expliqué. Becky asintió y cerró la jaula de Alvin.

Cuando volvimos al comedor, ella subió las escaleras y se quedó arriba. Aproveché para mirar el teléfono y contestar algunos mensajes que tenía. No me parecía educado estar muy pendiente del móvil cuando había gente delante. En el grupo de mis amigos mencionaron la quedada de hoy para comer.

De pronto, Ness apareció, moviendo su colita y esperando a que le tirase su juguete. Me quedé observando lo que llevaba en la boca, puesto que no recordaba que tuviera nada de color lila. Un momento... parecía... ¿un trapo? ¿En qué momento ese perro tan bajito había subido a la encimera? Cuando se lo quité de la boca, no tardé en darme cuenta de que aquello no era un trapo, sino un tanga lila. Resoplé, deseando que Becky no se cabreara de nuevo, pero, esta vez, no tenía yo la culpa.

Además, estaba bastante seguro de que ese tanga era suyo. No me podía venir con la excusa de haber sido de alguna chica que hubiese pasado por casa, porque ni de coña.

Subí las escaleras, pensando en cómo se lo iba a decir. Cuando me acerqué a la habitación, llamé a la puerta y esperé con el tanga en la mano. Ridículo, lo sabía. Al abrirme, no hizo falta decirle nada, ya que ella se quedó analizando mi mano con detenimiento. Luego, un color rojo pronunciado dominó sus mofletes. Y, para finalizar, lo cogió de manera más veloz que pudo y me cerró la puerta en la cara. Sí, en toda la puñetera cara.

—Lo había cogido Ness —grité desde el otro lado.

A ver si mi nueva compañera iba a pensar que tenía algún problema con la ropa interior ajena. No quería dar esa imagen.

—Por cierto, me voy a comer fuera. Nos vemos ya mañana.



# Capítulo 3

Becky

El día transcurrió mejor de lo que esperaba. Alex se había ido fuera a comer, solo volvimos a coincidir justo cuando yo estaba paseando a Ness. Prefería no recordar la escena de mi tanga. Ese sí que había sido un momento de «tierra, trágame».

También aproveché y escribí por el grupo de mi hermana y mis padres para pasarles una foto de Ness y del paisaje. No quería que se preocuparan. Mi hermana mayor vivía en Barcelona con su pareja y el pequeño Tomás. Un bebé que solo tenía un par de meses, con los ojos más grandes que había visto en toda mi vida. Su objetivo a medio plazo

era casarse. Y sí, ella misma utilizaba esa palabra: objetivo.

Las tareas no me resultaron complejas, puesto que Ness, Alvin y Charls se portaban bastante bien. Ninguno de los tres era pequeño, por lo que sabían las normas y no tenía que enseñarles. Mi primera intención fue quedarme en casa, cenar algo rápido de la nevera e irme a dormir pronto, pero estaba en otro país. Otro lugar que me moría por conocer. Y, además, necesitaba distraerme. Cogí el teléfono y agregué el número de Paola. Al fin y al cabo, me había parecido maja y era la única persona que conocía.

Hola, Paola. Soy Becky, la que va a cuidar de los animales de Luis, el hermano de Alex. Solo quería saber si te apetecía que quedáramos para cenar. Supongo que conocerás algún sitio típico y bueno.

Conforme lo envié, me fijé en que ya estaba escribiendo. Madre mía, esta chica era *Flash* con el teclado.

**Paola amiga Alex:**

¡Hola, Becky! ¡Cuánto me alegro de que me hables! Te pasó ubicación, que he quedado con

nuestros amigos para cenar. Te espero a las 21 allí.

¿Con «nuestros amigos» se refería a los amigos de ella y de Alex? Eso no era lo que tenía en mente. Quizás esperaba que cenásemos ella y yo solas. Joder, no iba a entender nada del idioma durante la cena. Decidí buscar el lugar en Maps, esperando que estuviera lejos y que pudiese darle una excusa, pero la suerte no estaba de mi lado. El sitio solo estaba a quince minutos andando de la casa de Luis. Le envié un mensaje para confirmar mi asistencia y me arrepentí al segundo. Sin embargo, había una parte de mí que sentía que ir a esa cena me iba a venir bien.

Analiqué la ropa que había traído para ver cuál seleccionaba. Lo cierto era que no sabía si debía ir formal, informal... Tenía que haberle preguntado más a Paola. Después de un buen rato, elegí un vestido que, a mi parecer, era bastante adecuado para diferentes escenarios. Era de tirantes negros, con flores pequeñas rojas. En la parte inferior, tenía una abertura en la pierna izquierda. Me despedí de Alvin, Charls y Ness. Por supuesto, les dejé comida y agua suficiente para la cena.

Me puse mi amigo Maps para llegar hasta la

ubicación. Esta vez, estaba segura; fuera por la cercanía o porque el camino era bastante sencillo, llegué sin perderme. Eso sí, me distraje mirando fachadas, pisos y cualquier edificación que veía diferente y bonita. Me quedé esperando en la puerta, observando cómo la gente pasaba. Y lo cierto era que solo me fijaba en las personas porque entender lo que decían era imposible.

Al final, creo que acerté con mi *outfit*, puesto que no era el típico bar de playa, pero tampoco un restaurante de estrella Michelin. La gran parte de sus paredes eran cristaleras para que se viera el mar de fondo. Además, las terrazas estaban decoradas con flores rosas y luces amarillas.

Después de mirar varias veces el reloj, vi a Paola al final de la calle. En realidad, la que había sido demasiado puntual era yo. Pero fue porque suponía que iba a tardar más en llegar.

—Dios mío, ¡vas a tener que decirme de dónde es ese vestido! O no, mejor, pásame tu gusto en ropa. —Me guiñó un ojo mientras sonreía. Se acercó a mí y nos saludamos con dos besos.

—¿Pero tú has visto el tuyo? ¡Es de infarto! —dije

con total sinceridad. Era un vestido totalmente negro, corto y con gran caída en el escote—. Por cierto, gracias por darme tu teléfono, me vendrá bien despejarme.

Eso creo que lo había dicho para mí misma. Necesitaba convencerme de que salir con los amigos de Alex y Paola era una buena idea; sobre todo, por los amigos de Alex.

—De nada, sé lo que es llegar nueva a un sitio. —Miró el teléfono—. Nos van a hacer esperar los tardones.

—¿Desde cuándo los conoces? —pregunté por curiosidad.

—Pues... igual hace ya cuatro años. Cada uno vinimos de diferentes zonas de España, pero luego, cuando te vas a otro país, pues lo típico, intentas relacionarte de vez en cuando con gente que hable tu idioma. Así los conocí. Al principio, el grupo era más grande, ya sabes, hay personas que han seguido viajando a otros lugares y otras que han vuelto a sus casas.

Se notaba que Paola sentía que Portugal era su casa, pero notaba esa nostalgia por España en su voz. Lo que me alegraba era que no tendría que preocuparme por el idioma.

—Míralos. —Sopló hacia arriba y se le movió un mechón de pelo rubio.

Cuando me giré, vi a cuatro chicos altos que se acercaban. Parecían estar bromeando entre ellos, puesto que iban riéndose y golpeándose los hombros.

—Les he dicho que venías, espero que no te importe.

—Te lo agradezco.

Mucho mejor así. No quería aparecer por sorpresa, y menos cuando era una auténtica desconocida. Nunca me había importado relacionarme con personas nuevas. Me gustaba. Al final, somos seres sociales, acostumbrados a estar con más o menos gente. Pero sí que, por motivos de la vida, desconfiaba. Y más cuando el asqueroso de mi exnovio... prefería no recordarlo. No quería que estas personas que no me conocían me vieran llorar.

—¡Serás capullo! —dijo uno de ellos, elevando la voz.

No existía duda de que eran españoles.

El que estaba a su lado echó a correr para llegar antes a nosotras y que su amigo no le golpeará.

—Son como niños, pero los quiero —me susurró Paola al oído. Sonreí porque el grupo parecía tener buena armonía.

Conforme se acercaron, empezaron las presentaciones. Paola fue la que cortó las conversaciones y me dio un respiro, cosa que agradecí.

—Becky se va a quedar este verano en Portugal, así que podemos adoptarla temporalmente —comentó con una sonrisa, conforme entrábamos al restaurante.

—¿De qué parte de España vienes? —me preguntó un chico rubio con la camiseta negra.

Intenté hacer memoria de los nombres. Sin embargo, mi cabeza no aguantó tantas preguntas ni tan buen recibimiento y decidió eliminar la información previa. Solo debía estar atenta a la cena, porque seguro que volvían a decir cómo se llamaban.

—¡Hombre a quién tenemos aquí! —vociferó el mismo que me había preguntado, rompiendo toda la conversación posible.

—¡Colega! Difícil sería no encontrarme aquí.

Esa voz.

Ese tono.

Tenía que ser una broma.

